

gados, y que se conculcan con tal generalidad que parece una exigencia el vigilar por su cumplimiento. Y esto contribuirá á conjurar las hostilidades con que la Asociación de Hijas de María es combatida, y que alejan á no pocas jóvenes de su seno, con detrimento aun de su eterna salud.

Pero vamos á tratar este punto más de asiento.



CAPITULO VIII.

Hostilidades y objeciones.—Ley de San Pablo.—Anuncio de Cristo.—El proto-evangelio.—El despecho causado por el ejemplo.—Falsas pinturas.—Las Hijas del pueblo.—Juicio de una Directora.—La fiebre del goce.—Inculpaciones pueriles.—Supuesto espionaje.—Sedución monástica.—Escándalos terribles.—Nada prueban.—Sofía A.—Suicidio poético.

La Asociación de las Hijas de María Inmaculada es, ha sido y será siempre combatida y hostilizada. Vamos á dar las razones y á declarar la injusticia de esas hostilidades.

La primera razón es derivada de una ley de la milicia cristiana que formula así San Pablo: «Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecución. (*) Las Hijas de

(*) 2. Tim. III. 12.

María quieren y prometen vivir piadosamente en Jesús y por Jesús; luego tienen que ser perseguidas. La segunda razón muy perentoria la hallamos en el Evangelio de San Juan. Las Hijas de María huyen del mundo, le dicen adiós al mundo, viven en medio del mundo; pero ya no son del mundo. Pues oigamos al divino Maestro hablarles de esta suerte: «Si del mundo fuéseis vosotras, el mundo había de amar lo que era suyo; mas porque no sois del mundo: (pues yo os escogí de en medio de él), por eso precisamente, el mundo os aborrece.» (Joan XV. 19).

El mundo es enemigo de Jesucristo . . . Jesucristo no ruega por el mundo; por tanto el que sigue ó sirve al mundo es enemigo de Jesucristo.

Y he aquí declarado por el mismo Hijo de Dios, un motivo de la persecución á las Hijas de María.

La tercera razón de las persecuciones á las Hijas de María también nos está anunciada proféticamente en la Santa Escritura. En aquellas palabras del Génesis llamadas el proto-evange-

lio, dijo Dios á la serpiente: «Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu raza y la suya.» (Gén. III. 15). Todos convienen en que la serpiente es el demonio; la mujer, la Virgen María; la raza de la mujer, Jesucristo y los cristianos; la raza de la serpiente, los herejes y los impíos. (Alap. in h. l.) Ahora bien, entre los cristianos, aquellos que están más dedicados al amor, culto é imitación de María, tienen evidentemente mayor derecho á ser llamados raza ó descendencia suya. Y tales son las Hijas de María Inmaculada; por eso llevan de un modo especial el nombre de Hijas tuyas, porque son raza tuya especial. Pero, por eso puntualmente la raza satánica, los herejes, los impíos y los mundanos les guardan enemistades variadas. El demonio las persigue furiosamente, no sólo con tentaciones é internas sugerencias, sino con exteriores maquinaciones. En los pasados tiempos de mayor intolerancia, han llegado alguna vez entre nosotros á ser puestas en la cárcel pública por el único delito de traer su cinta al descubierto!

No sé si ha sido Lactancio el que ha observado que entre los perversos, el ser virtuoso es como un crimen; y esto explica otro motivo del odio á las Hijas de María; las que no quieren dejar el mundo y que, sumergidas en sus vanidades y placeres, están mirando á esas jóvenes siempre lejos del baile, del teatro y de los festines, aunque por su nacimiento y por su fortuna pudieran reinar en él; un celo amargo las devora; tal fortaleza las humilla, y el orgullo levantándose, les hace prorrumpir en insultos y amenazas, ó, por lo menos, en burlas y censuras. «Porque las Hijas de María, renuncian á las modas, teatros, bailes y demás pompas mundanas, sin salir del mundo ni encerrarse en un claustro, se atraen las burlas, las censuras, y aun la inquina de los mundanos.» (Catec. de las Hij. de M. § I.) Y de qué modo las hostilizan? «Muy terriblemente: las que no quieren ni pueden imitar sus ejemplos, se vengan tratándolas de hipócritas, ridiculizándolas por sus trajes, sacando á plaza sus defectos ó aun culpas personales, (de que no están exentas, pues

no son ángeles,) y fingiendo escandalizarse por acciones sencillas en que no hay culpa, y que bien pueden practicar sin inconveniente.» (Ibid.)

Otra de las persecuciones, consiste en procurar con tenaz empeño, desviar de sus intentos á las que se sienten movidas á ingresar en la Asociación; se las pintan como una esclavitud insostenible, tratan de mantenerlas en el mundo, ó de inclinarlas á otras Asociaciones á que pertenece la crema, como llaman, de las jóvenes; asociaciones piadosas es verdad, pero en las que á nada se obliga á sus adeptas en materia de sacrificio; asociaciones en las que no se veda el teatro, ni la danza, ni los paseos públicos; asociaciones de las que se les oye decir: «tenemos más indulgencias y gracias que vosotras, y no tantas exigencias; comulgamos á media noche en Navidad, y lucimos nuestra brillante medalla de plata suspendida de un ancho listón azulado de seda.»

Todo esto es la verdad, y lo último, permitasenos decirlo, no deja de ser una injusticia. Porque si acá en la so-

ciudad civil cada fábrica ó cada empresa tiene sus marcas depositadas que se reconocen inviolables, y se persigue ante la ley al que se atreve á usurparlas, ¿por qué nuevas asociaciones, por buenas y honorables que sean, han de hacer uso del mismo distintivo que hace medio siglo disfruta una Asociación canónicamente establecida y bendecida por la Iglesia? ¡Cuántas envidias, discusiones, enemistades y aun pequeños escándalos se evitarían, si cada Asociación portara sus distintivos propios, tales que no pudiesen ser, unas con otras, confundidas! (F)

Y de aquí suelen hacer á la Asociación otro cargo injustísimo. «Esa Asociación, dicen, es asociación de costureras, de criadas y gente de baja estirpe; nuestras hijas no se han de rozar con esa gente! (Textual.) ¡Creyendo estábamos vivir en una República democrática, en la cual ya no había condes ni marqueses, ni sangre más ó menos azulada! Pero la nobleza de la plata y el oro suele ser más exigente que la de los pergaminos y los blasones! Respondamos cristianamente, que la Vir-

gen María, puede decir como su Hijo divino: “A evangelizar á los pobres he sido enviada,” y con tal de que la Asociación salve las almas, poco le importa que no acudan á su seno las humanas grandezas. Nunca ha cerrado ni cerrará sus puertas á las jóvenes de las clases elevadas, que más que otras lo necesitan, ellas son las que se cierran las puertas por no renunciar á las vanidades y á los placeres que las cautivan. Oigase acerca de esto el juicio de una prudente superiora de las Hijas de la Caridad, Directora de la Asociación de una gran capital: «Si á primera vista causa sorpresa el que pocas jóvenes se alistén bajo la blanca bandera de María Inmaculada, en un país en que la devoción á la Santísima Virgen hace latir todos los corazones por formar como un rasgo del carácter nacional, desgraciadamente es cosa averiguada que los errores populares cobijan muchas preocupaciones, y que suelen ocultarse grandes faltas bajo las apariencias de la piedad. El amor de los placeres, dominando entre la población madrileña, les hace casi impo-

sible á las jóvenes todo compromiso que las prive de las diversiones á que están acostumbradas aun personas reputadas por piadosas. Tendrían necesidad de un valor poco común para sacrificar esos placeres que arrastran á todas las clases sociales, y que se reputan inocentes: el teatro, los toros, los paseos He aquí por qué sólo contamos entre las Hijas de María á las jóvenes que han pertenecido á nuestras clases» (*La Directora de la Asociación de Santa Isabel, de Madrid. Annal. des Filles de Marie vol. douzième pág. 209.*)

Lo que pasa en Madrid, pasa en Méjico y en todas las grandes ciudades: la fiebre del goce que devora hoy al mundo en cuyo seno viven las jóvenes, hace que no quieran sacrificar sus vanidades y placeres; y por eso no ingresan en la Asociación que les pide ese sacrificio. Pero, ni es una culpa el que la Asociación cuente numerosas hijas del pueblo en su seno, y si una culpa fuera, es sólo de las jóvenes de la alta clase que rehusan pertenecer á sus banderas. Mas apresurémonos á decir,

y es la verdad, que no es cierto de todo punto el que la Asociación no tenga miembros de entre las mejores familias; los tiene en todas partes, y esas jóvenes son, naturalmente, las que se hallan casi siempre á su cabeza, en clase de Presidentas y otros cargos del Consejo.

«Los enemigos del hombre son sus domésticos,» (Math. X. 36) ha dicho Jesucristo; y de los domésticos viene muchas veces á las Hijas de María, otra guerra, que no por ser meramente intestina deja de ser terrible: «Burlas de los hermanos incrédulos ó mundanos; despecho de las hermanas que marchan por distinto camino; resistencia de los mismos padres á dejarlas cumplir con sus prácticas piadosas, é insistencia en lanzarlas, á pesar de sus promesas, en pecaminosas reuniones; apodosos denigrantes, ademanes despreciativos, calumnias horribles, disimuladas seducciones, saña, á veces feroz y satánica, todo se emplea, de todo se echa mano, á todos los medios se acude para hostilizarlas. Se llega á veces á hacerles falsas acusaciones ante el

Consejo, tan bien coloreadas, y con tal artificio dispuestas, que les atraigan reprimendas y castigos, para indisponerlas contra la Asociación, y poder clamar después, si se hace la luz: «Injusticia! Sinrazón!»

Las mismas de entre ellas que han sido despedidas por su conducta inconveniente, ó tráfugas voluntarias por querer dar rienda suelta á sus pasiones, se tornan en los peores enemigos, como ha sucedido siempre con los apóstatas en las religiones, y hasta en los partidos políticos.» (Cat. IV).

Otras inculpaciones pueriles y aun contraproducentes se hacen á la Asociación. «No queremos, dicen algunos padres de familia, esa fiscalización para nuestras hijas; ese espionaje que las persigue hasta las intimidades del hogar, y que las somete á una especie de inquisición insorportable!» Ya se comprenderá que esas recriminaciones vienen de los que se llaman ilustrados, ignorantísimos en materias religiosas. Cierto que las Hijas de María son vigiladas con discreción y con prudencia; ese es un mérito de la Asocia-

ción y es gran ventaja para ellas. La vigilancia no se extiende ni puede extenderse al seno de la familia. Lo que á veces pasa, es, que las madres ó hermanas mayores se quejan á la Presidenta ó á algunas niñas del Consejo, de la indocilidad, del mal genio, ó de otros defectos íntimos, para procurar el auxilio de la Asociación en favor de las niñas. Nada hay, pues, de inquisición, nada de espionaje; confusión y mala inteligencia con que se juzga lo que se ignora.

Otros acusan á la Asociación de tender á sacar á las jóvenes del seno de las familias, inclinándolas á entrar en religión; de hacerlas ligarse con votos desde su juventud, apartándolas del matrimonio; de estorbarles el cuidado de sus casas y familias por tenerlas días enteros en el templo.

Que nacen en la Asociación muchas vocaciones á la vida religiosa, es una verdad para ella muy honrosa; que se trate de inclinar sólo á ese estado á las jóvenes y se las aparte del matrimonio es una falsedad. Y la prueba manifiesta contra ella, es el gran número de

Hijas de María que se desposan, superior en mucho al de las que entran en religión. Si algunas abandonan por el templo, ó so pretexto del templo, las ocupaciones domésticas, abuso será de ellas, no culpa de la Asociación.

Otro de los rayos que suelen vibrarse contra la Asociación de las Hijas de María, y ciertamente de los más estruendosos, es el de los escándalos de ellas ó entre ellas. Una, tenida por piadosa, y antigua en la Asociación, se ha marchado con una compañía de comediantes! Otra, joven, recientemente recibida y que, por consiguiente, debería estar más fervorosa, salió de paseo con un compañero que no es por cierto su hermano; y aun se ignora su paradero! Otra, es el escándalo del barrio con las visitas y aun músicas que recibe al pie de su ventana. Otra, con su carácter belicoso es el espanto del vecindario... Aparte las exageraciones que son siempre muchas; aparte las atenuaciones, que la caridad encuentra y la malignidad desconoce; aparte la maledicencia que á menudo calumnia, respondemos: todo ello pue-

de pasar y ser muy cierto por desgracia; pero, ¿tiene en ello culpa la Asociación? Ella aconseja, tolera ó aprueba tales transgresiones? ¿No hace, por el contrario, cuanto puede por prevenirlas y remediarlas? ¿Un apóstol traidor pervierte y deshonra al apostolado entero? Confesemos que el suceder esos escándalos entre centenares de jóvenes en la edad de las pasiones, en medio de un mundo tan pervertido como pervertido, entre todas las seducciones y todos los peligros, es en verdad una desgracia; pero no es de extrañar que de vez en cuando acontezca, sino de admirar que no suceda con más frecuencia.

También es de notar, en favor de la Asociación, que algunas de esas veces en que un grande escándalo viene á resonar, él parte de una joven que aunque fue Hija de María, ya no lo era; advertida, corregida, castigada y no enmendada, había sido ya justamente despedida, conforme prescriben sus reglamentos, y quizá, á poco de su separación oficial ó voluntaria, el escándalo estalla; á la causa no remedia-

da sigue el efecto tremendo, y todos se ponen á clamar: ¡Oh! las Hijas de María! ¡Ella es una Hija de María!

Pero si lo fue en un tiempo, dejó de serlo después, y precisamente porque no lo era ya, abandonada del cielo, desplomose por el suelo! Sofía A. era una joven Hija de María, sujeta á un hábil y celoso Director: era cumplida, regular, pensó en la vida religiosa y dió algunos pasos para verificarlo. Todas las niñas la conocían, la estimaban... Algunas de mayor experiencia, no obstante, temblaban: Sofía era de volcánicas pasiones!

El sabio Director murió. Sofía dentro de poco desapareció. Es decir, desapareció del templo; desapareció de las juntas y asambleas; desapareció del confesionario y de la Mesa santa.

¿Qué habíá sido de ella? ¿Habría ingresado en algún asilo religioso?...

— Un día, una de sus compañeras la encontró por la calle. Enrizado el cabello, pintada y empolvada la cara, de moda la vestidura, dijole la compañera: «Pero qué es eso, Sofía? Cómo estás? ¿Por qué has cambiado?»

— Nada me preguntes, respondió la interpelada; ya no soy la imbécil de antes; todo lo he dejado; todo, todo, y para siempre! Y medio mohína continuó de prisa su marcha.

Ya no era imbécil! era ilustrada: diferencias de familia la habían exacerbado. Abandonando toda práctica religiosa, entregose con furor á leer novelas. ¡Y qué novelas las del día!

En los diarios de todos los colores, con grandes letras, cierto día amaneció un aviso: “¡Extraño suicidio! ¡Escandaloso suicidio! Poético suicidio!”

Y daban todos los detalles, y hablaban de las telas de los vestidos de la víctima! Sofía A, se había precipitado muy concientemente de una tremenda altura, y en las losas del atrio se había estrellado de horrible manera!!

Felizmente los reporters no conocían los antecedentes que hemos referido; de lo contrario los periódicos impíos habrían querido explotar el siniestro en contra de la religión y de la fe católica.

—¿Tuvo en esto culpa alguna la Asociación?

—Por el contrario, túvola, digámoslo así, la falta de la Asociación, el abandono ingrato de la Asociación.

Hemos notado, (con treinta años de experiencia en esta materia), hemos notado que las jóvenes que dejan á la Asociación por el mundo, se originan multitud de sufrimientos, y muchas dan lugar á tristes escándalos, que injustamente quieren atribuirse á la Asociación. Es injusto fijarse sólo en los males que no alcanza á evitar, sin atender á los innumerables que en realidad evita, y á los inmensos bienes que produce. «Con rectitud juzgad, hijos de los hombres,» clama la divina Escritura. (Psalm. LVII. 2).



CAPITULO IX.

Triple Apostolado.—Los Anales.—Narraciones —Un libro singular.—Legislación, reclutamiento, recompensas, distintivo de las hijas de Venus.—La masonería.—La organización de las mujeres perdidas.—Paralelo sostenido y notable.—Un veneno que hace más víctimas que las guerras.—La castidad en la balanza de la divina justicia.

Ya que vimos los juicios inexactos que se hacen acerca de la Asociación de las Hijas de María Inmaculada, y la táctica que para combatirla se despliega, muy conveniente será, para acabar de hacerle plena justicia, estudiar ahora un poco su influencia social á la luz de los hechos y ante la elocuencia de los números. Ya en el Manual de las Hijas de María, á la página 61, (Edic. de 1900), se les habla del apostolado que deben y pueden ejercer, en el se-